

JESUCRISTO... (PARÁFRASIS BÍBLICA)

"Más, ¡ay! ¿Quién creerá a nuestro anuncio? ¿Y a quién ha sido revelado ese Mesías, Cristo, brazo o virtud del Señor? Porque él crecerá a los ojos del pueblo como una humilde planta y brotará como una raíz en tierra árida; no es de aspecto bello ni esplendoroso; nosotros le hemos visto y nada hay que atraiga nuestros ojos, ni llame nuestra atención. Vimosle despreciado y el desecho de los hombres, varón de dolores y que sabe lo que es padecer y su rostro cubierto de vergüenza y afrenta; por lo que no hicimos ningún caso de él. En verdad que él mismo tomó sobre sí nuestras dolencias y pecados y cargó con nuestras penalidades; pero nosotros le reputamos entonces como un leproso y como un hombre herido por la mano de Dios y humillado."

En el anterior capítulo, Isaías anuncia la predicación de los Apóstoles. El profeta veía en espíritu lo que había de suceder, cuán pocos de entre los judíos recibirían el Evangelio y conocerían a Cristo, en relación a los muchos que permanecerían en la infidelidad, y hace hablar a los Apóstoles de esta manera: "¿Quién creerá a nuestro anuncio? ¿Y a quién ha sido revelado ese Mesías?" Como si dijera: Señor, nosotros anunciaremos el Evangelio a todos los hombres; pero, ¿quienes creerán en nuestras palabras? Pocos serán los que nos den fe y corto el número de los que entienden que Cristo es verdadero Dios y verdadero hombre, sumo Creador y Salvador del género humano, quien, para arrancar a los ciegos de entre las tinieblas y atraerlos a la luz y a la verdad, murió en cruz afligido de indignísimas contumelias e inhumanísimos tormentos.

¿Cómo, pues, el que solo se apoye en el juicio humano y en lo que el sentido aprehende, creerá que es Dios a no serle infundida la fe por el Espíritu Santo?

Cristo es llamado brazo de Dios por su fortaleza y porque por él fueron hechas todas las cosas. Él es brazo de Dios para levantar a los débiles; y atraerlos hacia sí. Por lo que dice Isaías: "con su brazo congregaré a sus ovejas". Por donde en la cruz, extendidos los brazos, entregó su espíritu, para abrazar a todos los que viniesen a él. Este brazo estaba velado; porque la divinidad estaba oculta en la humanidad y nó a todos se revela. Cuando alguno cree en él, entonces se dice que ha sido revelado.

San Juan, hablando de Cristo, cita este pasaje diciendo: "El caso es que con haber hecho Jesús delante de ellos tantos milagros, no creían en él; de suerte que vinieron a cumplirse

las palabras que dijo el Profeta: 'Oh Señor ¿quién ha creído a lo que oyó de nosotros y de quién ha sido conocido el brazo del Señor?'"

Más adelante el artista divino, nos pinta la figura de Jesús y su pasión en emblemas plásticos y fácilmente cognoscibles". "Él, dice, crecerá a los ojos del pueblo como una humilde planta y brotará como raíz en tierra árida". La zarza en invierno está desnuda de flores y hojas; pero guarda en su interior virtud que muestra en la primavera; entonces reverdece, se cubre de follaje y aparece hermosísima por la abundancia de sus frutos.

Cristo en su pasión fué despreciado, oscurecido y abandonado; pero venida la primavera de su resurrección apareció esplendoroso y bello. Es comparado a la raíz del árbol, porque de ella éste se sustenta y proceden las hojas, las flores y los frutos.

La raíz nada tiene de hermosa, mas de su savia se nutre todo el árbol. Este árbol es la Iglesia; la raíz es Cristo en su pasión despreciado, afligido con acerbísimas injurias y dolores; pero él sustenta el árbol, él nutre a la Iglesia y es su raíz y valiosísimo fundamento.

Este árbol puede compararse al que describe el Profeta Daniel: "Me pareció ver un grande y robusto árbol cuya copa tocaba en el cielo y se alcanza a ver desde los últimos términos de toda la tierra. Eran sus hojas hermosísimas y copiosísimas sus frutos. Vivían a la sombra de él animales y fieras y en sus ramas hacían nido las aves del cielo y de él sacaba su comida todo animal viviente."

"No tiene aspecto bello ni esplendoroso;—continúa el Profeta—Nosotros le hemos visto y nada hay que atraiga nuestros ojos ni llame nuestra atención". Como si dijera: Yo he visto a Cristo colgado de una cruz, de tal manera deformado que no parecía hombre. David hace hablar así a Cristo en la cruz: "Bien que yo soy como un gusano y, no hombre; el oprobio de los hombres y el desecho de la p'ebe."

El más hermoso de todos, aquél de quien se dice en el libro de los Salmos: "Oh, tú, el más gentil en hermosura entre los hijos de los hombres, derramada se vé la gracia en tus labios, de tal manera fué por nosotros escupido, azotado y herido que no tenía belleza ni hermosura ni aún apenas parecía hombre.

Fué ofrecido en sacrificio, dice Isaías, porque él mismo lo quiso y no abrió su boca para quejarse: conducido será a la muerte sin resisten-

cia suya, como la oveja al matadero.

Jesús quiere su pasión; la quiere en la hora determinada por él mismo. Tiempo antes del día revelado a los Apóstoles había dicho: "Doyle mi vida por mis ovejas, bien que para tomarla otra vez. Nadie me la arranca; sino que Yo la doy de mi propia voluntad y soy dueño de darla y dueño de recobrarla".

Él mismo quiso ofrecerse en hostia en el ara de la cruz. "Verdaderamente él tomó sobre sí nuestras enfermedades y cargó con nuestras penalidades". Él es, dice San Pedro, el que llevó la pena de nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero de la cruz, a fin de que nosotros, muertos a los pecados, vivamos a la justicia y él es por cuyas llagas fuimos saneados".

Por ser persona divina y por ser la naturaleza humana en que él murió, santísima, libre de todo pecado y de nuestro mismo metal; muriendo él, que era la vida, venció a la muerte.

Los esclavos de la letra muerta los que esperaban triunfo y señorías de tierra, si no quieren creer la victoria secreta y espiritual, la redención de las almas, que obró Cristo en la cruz; porque no se ve con los ojos, ni ellos pueden verlo pues es menester la fe; vean lo que pasó públicamente, la caída de los ídolos, la sujeción de todas las gentes a Cristo y la manera cómo las dominó y venció. Los amores de Dios no habían de parar en armas y en banderas, en el estruendo de tambores, en cuchillo y sangre. Otro es su brazo y otra su fortaleza. "Cuanto se encumbra, dice él, el cielo sobre la tierra, tanto mis pensamientos se diferencian y levantan sobre los vuestros".

Graciosamente dice a este propósito Fray Luis de León: "Por manera que las saetas que enviadas con el rigor del brazo traspasan los cuerpos, son palabras agudas y enarboladas con gracia, que pasan el corazón de claro en claro; su espada famosa no se destempló con acero en las fraguas de Vulcano para derramar la sangre cortando; ni es hierro visible sino rayo de virtud invisible que pone a cuchillo todo lo que en nuestras almas es enemigo de Dios".

Sola esta conversión del mundo pone fuera la verdad de nuestra religión y es argumento que no deja respuesta a ninguna infidelidad.

Los hombres, la dinastías y los pueblos pasan hundiéndose en una ruina de que no se levantarán; pero Él, hoy como ayer, es salvador como Rey inmortal de siglos.

A. MARCIAL.